

Publicación Mensual de Crítica Social

MARZO
1920
Año 1. – Núm. 6

LA COMUNA DE PARIS

1871 - 18 de Marzo - 1920

PRECIO 0.20 CTS.

VIA LIBRE

Publicación mensual de crítica social

Dirección y Administración: Azcuénaga 16 — Director: Santiago Locascio

Año I. | Buenos Aires, Marzo de 1920 | Núm. 6

NUESTRA CONDENA

El Juez doctor Martínez nos condena a dos años de prisión por injurias graves en la querella que José Rouco Oliva, secretario de redacción de «La Vanguardia» inició contra Santiago Locascio, por un artículo aparecido en «Bandera Roja» el 25 de abril último, en contestación a otro artículo publicado en «La Vanguardia» del 22 del mismo.

No nos amilanan las exorbitancias jurídicas, ni las cobardías de los políticos socialistas, en estas épocas de luchas decisivas.

Somos los que somos, y contra todos vamos cuando conviene a los altos intereses de los ideales que defendemos.

Si ayer pudo delinquir nuestra pluma o nuestra palabra, mañana podrá ser nuestro brazo enhiesto o nuestra boca húmeda.

De frente estamos en defensa de nuestros ideales y de nuestra incólume personalidad para honra y provecho de esos mismos ideales.

«Bandera Roja» no es escrita por obreros decía el artículo de «La Vanguardia»! Hermenegildo Rosales, Atilio Biondi y Enrique García Thomas, obreros auténticos, condenados a seis años de penitenciaría por ser sus redactores y editores, es el mejor desmentido que pueda darse al impostor.

Santiago Locascio delatado a la policía por el artículo de «La Vanguardia» fué perseguido y encarcelado a raíz del decreto policial de marzo, y hoy por atribuírsele de haber salido en defensa de la hoja objeto de la rabia de los histriones, se halla en vísperas de entrar de nuevo en la cárcel como reo de injuria.

Los socialistas lamentan el incidente y censuran al impostor, pero nada impide que le extiendan la mano y la conservan en su filas.

Las conveniencias políticas y el espíritu de conservación, les hace perder todo lo que pueden tener de digno, y les hace instrumentos inconscientes de viles mercaderes.

Serenos esperamos el fallo de una justicia que nosotros no hemos invocado, y la palabra sincera de los nuestros, que no han desviado la ruta de la verdad, porque como hemos dicho otras veces: *Sólo la verdad nos hará felices.*

Santiago Locascio.

Buenos Aires, 18 febrero de 1920.

La mentira Política

La caída desde las esferas del poder, de un jefe de partido, no es causada por las faltas que haya podido cometer en el ejercicio del gobierno, y que no sirven jamás sino de pretexto a los ataques dirigidos contra él; su desgracia es debido o a un adversario más poderoso que él o a la deserción de mercenarios a los cuales el vencedor no ha querido o no ha podido satisfacer su voracidad, o bien a estas dos causas reunidas.

Un cambio de políticos, aunque haga pasar el poder de manos de un partido a las de otro radicalmente opuesto, no varía absolutamente los procedimientos interiores de la política. Las relaciones del individuo con el Estado continúan siendo las mismas; el ciudadano no tiene necesidad de saber, sino lee algún diario, que un nuevo gabinete y un nuevo partido se han encargado del gobierno de la nación; las palabras liberal y conservador son simples caretas para la ambición y el egoísmo, verdaderos móviles de todas las luchas, de todas las alteraciones parlamentarias.

Hé aquí cuánta es la potencia y la multiplicidad de la mentira política en nuestra época. En muchos países el parlamento no es sino la mámpara detrás del cual cómodamente goza del poder el absolutismo más encanallado y prepotente, y en otros no significa otra cosa que el dominio de un núcleo de personas que alternativamente se apoderan del gobierno de la nación.

Teóricamente, el parlamento debe asegurar a la mayoría una influencia preponderante; en realidad, el poder descansa en manos de media docena de jefes de partidos, de sus consejeros y compadres. En teoría, las convicciones deben formarse por los argumentos que los debates parlamentarios producen en los días de las grandes discusiones; en la práctica, no son incluídas, en manera alguna, por los debates, son determinadas por la voluntad de los jefes y por consideración de intereses privados; en teoría, los diputados no deben tener delante de sus ojos sino el bien de la nación: lejos de ser así, aquellos cuidan ante todo de sus propios intereses y de los de sus amigos; en teoría, los diputados deben ser los mejores y los más sabios y prudentes entre los ciudadanos; en realidad, son los más ambiciosos, los más osados, los más violentos; en teoría, votar por un candidato indica que el elector lo conoce y tiene confianza en él; en la práctica, el elector vota por un hombre del cual muy frecuentemente no sabe sino que un grupo de alborotadores le ha repetido su nombre durante dos semanas.

Las fuerzas que, en teoría, deben mover la máquina parlamen-

taria, son la experiencia, la previsión, el desinterés; en los hechos, aquellas se reducen a una enérgica voluntad, al egoísmo y a la elocuencia. Un gran talento y un noble carácter sucumben bajo una diestra charlatanería y una constante audacia; la dirección de los parlamentos corresponde, no a la sabiduría y prudencia, sino a la individualidad obstinada y tenaz, y a una palabra altisonante. El simple ciudadano no alcanza ni una migaja del derecho de soberanía de los pueblos, de cuyo derecho el parlamento es la sanción.

A estas objecciones los políticos demócratas sociales nos contestan que somos instrumentos interesados de la burguesía reaccionaria, y con rabia canina nos muerden los talones, pero los bolshevikis rusos salidos de su propio seno, les han aplastado el hocico en el acto de morder:

Los demócratas sociales han traicionado la causa del proletariado, han renegado del socialismo integral y del manifiesto comunista de Marx y Engels. De un simple medio han hecho un fin. El fin vergonzoso de su vida.



Los representantes de los soviets dependen directamente de grupos orgánicos, tales como talleres, fábricas, minas, compañías, regimientos, etc. Los electores del soviet, permanecen constantemente ligados unos con otros por las condiciones mismas de su existencia y de su trabajo cotidiano. El representante o delegado está siempre sometido a la fiscalización directa de los electores, y en cualquier momento estos pueden darle nuevas instrucciones, censurarlo, revocar su mandato y nombrar otro en su lugar.

El miembros de un parlamento elegido por sufragio universal queda fuera del desarrollo que toman las ideas políticas de las masas. El diputado depende de una masa amorfa de electores que después de haberlo investido de una autoridad periódica, se disuelve inmediatamente. El diputado no tiene otro control que su propia conciencia que casi siempre es averiada.—León Trotski.

A los legisladores

Honorables Representantes:

Hijos de una Revolución incompleta; facedores de leyes escritas; ejecutores de una aspiración aún no definida; asamblea de democracia con resabios aristocráticos; Honorables Representantes de pueblos heterogéneos y sibaríticos: escuchad la palabra serena del que está lejos de vosotros y por sobre de vuestra ingenua pretensión de perseguir un fácil y ruidoso éxito; el éxito efímero y pasajero como una ráfaga de sol invernal: el éxito, fruto de la demagogía más pronunciada y de una audacia rayana en proterva impertinencia.

La época presente os pertenece por completo; sois sus genuinos representantes: La supercheria, reina y señora de estos mundos nuevos, os acoje en sus senos mórbidos y voluptuosos; la superficialidad os domina suavemente cual ninfa del mar; el incentivo del abrazo emocionante con la venus Multitud, voluble y coqueta, os hace niños caprichosos e incorregibles.

Os sentís poseídos de una superhombría celestial y creeis en lo eterno de vuestra frágil existencia. La inmortalidad os domina, y soñais con las sombras de Cicerón y de Mirabeau; pero las sombras de dos figuras y de dos épocas, no os hacen recordar el incendio de Roma, ni la siniestra visión del verdugo.

La época presente os pertenece: El incendio es el recurso de los mercaderes; el hacha del verdugo se aplica sólo a los delincuentes vulgares.

Vuestras catilinarias no pueden constituir un peligro para la seguridad de vuestras preciosas vidas. La época no sabe de los gestos graves de muertas mechedumbres, ni de jornadas trágicas, en etapas angustiosas de la historia. Es la época de las grandes cobardías y de las horrendas matanzas. Un pueblo extenuado de fatiga, yace sumergido en el más abyecto de los pantanos; yace en la indiferencia del presente, dominado sólo por el avariento deseo de la posesión del vellocino de oro, como fin culminante de todo objeto humano.

Vosotros sois el puente donde pasa ese pueblo cantando y embriagado por el fácil andar. Vosotros sois los árbitros absolutos de esa muchedumbre. Formais el puente y lo dejais pasar sin hacerle notar el horror del peligro. Deshaceis el puente de repente, y lo sumergís al precipicio, así, con la inconsciencia de los insectos. Vuestro éxito es fugaz como el relámpago, es fulmíneo como el rayo.

¿Qué queda, pues, del éxito? Un lampo de luz en medio de la densa niebla y que desaparece en un átomo; un abismo insondable como la muerte.

Escuchadme, Honorables Representantes de una época y de un mundo en derrota; escuchadme porque así escuchais la voz de los nuevos tiempos.

Solidificad el puente, petrificadlo con vuestros cuerpos, hacedlo duro como el granito. Que al pasar se sienta la dureza de la piedra; que sangra la carne de los pies de la muchedumbre; que hierva la sangre toda de su cuerpo dormido por el largo sueño de la inconsciencia; que bulla también el cerebro del hombre y que el hervor lo revuelva para hacerlo perecer o marchar. Que muera o viva el ser de la muchedumbre, no importa; lo que importa es que desaparezcan los puentes blandos que sirven de paso a la vida.

Petrificaos, representantes genuinos de una época amorfa. Sólo cuando sereis momias podreis hacer leyes buenas, leyes únicas, leyes de libertad.

Momias o piedras; puentes o caminos; todo conduce a la liberación del hombre, menos vuestro fantasma viviente.

Metamorfoseaos momificándoos para no espantar con vuestros alaridos de bestias enfurecidas.

Escuchadme aún: Los Cicerones y los Mirabeaus que vosotros tanto envidiais con torpeza propia de la ineptitud y de la medianía, dejaron algo sólido en la historia de su tiempo. Su elocuencia es la elocuencia de los grandes pesamientos; vosotros no sois ni elocuentes ni pensadores; no haceis más que repetir frases malamente asimiladas por vuestro blando cerebro.

Ni siquiera poseéis la sencillez de los antepasados inmediatos, si bien es cierto que esa sencillez, impropia en todo representante, sea la causa de vuestra falta de discernimiento y de sensatez.

Y si no poseéis la fuerza cerebral, ni la dureza del verbo de vuestros maestros lejanos, ni la suave ilusión de vuestros padres, simples colonos de una tierra conquistada, ¿por qué os esforzais en ser honorables y representantes de una nación que necesita sólo del brazo poderoso y del cerebro creador para empujar su progreso a sus más altos vuelos en la humana aspiración?

Volved por vuestros fueros. Emprended las tareas apropiadas a vuestras aptitudes y dejad que se cumpla el destino previsto.

No seais los traidores de Anibal. No hagais de esta tierra una nueva Cartago. Dejad que el Anibal moderno conquiste la gloria venciendo la dureza del surco. Que se eleve Aníbal y que la experiencia de la historia sirva para alejar de su alrededor todas las cobardías y todas las traiciones.

Petrificaos, legisladores; dejad que el pueblo dicte una sola ley en un Código único: *La Libertad.*

Santiago Locascio.

La Comuna de París

Como nació la Comuna—

Después de la derrota del ejército francés, después de la caída del Imperio, del terrible sitio de París, el pueblo quedó a merced de sí mismo, y se dejó arrastrar por el empuje de su propia iniciativa y concibió la posibilidad de un nuevo orden social, radicalmente distinto de los que lo habían precedido.

La población parisina, durante la fatal guerra, ya se había agrupado por batallones y por compañías. A medida que las emociones iban creciendo ante las desgracias de la guerra, iban haciéndose más estrechos los lazos de confraternidad entre los batallones y las compañías de guardias nacionales, es decir, de ciudadanos armados; muchas veces tenían lugar en sitios bien visibles reuniones de delegados con el objeto de resolver sobre puntos culminantes y ponerse de acuerdo para la realización en común de actos decisivos y de carácter revolucionario.

De estas reuniones y de las de los Clubs nació el Comité Central de la Comunidad revolucionaria, mejor dicho, los Comités Centrales de las veinte secciones de la ciudad de París.

El 18 *de Marzo—*

Estos Comités, los componían gentes oscuras, sin títulos, sin antecedentes políticos, llevados a tan alto sitial por el simple flujo y reflujo de la revolución. El mismo objetivo de estos comités, no tenía rumbo alguno.

El Comité Central tomó sucesivamente formas diversas, según se iban desarrollando los acontecimientos del día, de la hora, del minuto: Comisión para el establecimiento de un orden constitucional, Comité de la Guardia Nacional, Gobierno revolucionario, Comité de la insurrección, etc. Sus miembros se cambiaban continuamente. Los hombres audaces se nombraban por sí mismos. Capitanes, administradores improvisados, ocupaban los puestos abandonados por los *hombres de orden.*

Sobre todo y sobre todos se extiende la vigilancia del pueblo. Las mujeres despliegan más actividad que los hombres. El 18 de marzo son ellas que circundan a las tropas regulares y las obligan a no hacer fuego contra sus hermanos de la Guardia Nacional. Los jefes del gobierno derrotado se eclipsan como por encanto ante la fraternización de los soldados y del pueblo. Abandonan precipitadamente todas las posiciones. La Revolución se propaga como un incendio: en un solo día se ha establecido la Comuna.

La exaltación popular—

Estas victorias que sorprenden a los mismos vencedores — esta ciudad que obliga al poder a abandonar sus posiciones y retirarse fuera de sus dominios — este Comité de gentes humildes que impone su voluntad a un ejército aguerrido y disciplinado — todo esto representa algo milagroso y absurdo. No es una página de historia, es sólo un sueño fantástico.

¿Quién obró el milagro? La exaltación del sentimiento popular. La sublime *locura* del pueblo.

La Resistencia—

Este pueblo tan variado y casi desordenado, supo combatir y resistir. Durante cuarenta y cinco días, la Guardia Nacional disputó palmo a palmo el terreno al enemigo. De barricada en barricada, de casa en casa, debajo de una lluvia incesante de plomo, rodeado por enemigos implacables, supo resistir hasta la muerte, de cara a cara con el verdugo secular, implacablemente heroico, conscientemente víctima de un deber misterioso.

¡Salve, pueblo grande!

La obra de la Comuna—

Desgraciadamente tanta abnegación no obtenía ninguna recompensa. La Comuna había caído en las manos de gentes que no conocían nada de nada. Los miembros de la Internacional eran una ínfima minoría. La mayoría perdía el tiempo en actos de ninguna importancia. La demagogía imperaba. Los hechos no se manifestaban. ¿Qué importaba que los hombres de la Comuna fueran gentes honestas y de buenas intenciones? La Revolución se perdió porque el pueblo no tenía una concepción exacta de su significado, porque no estaba organizado para ella, porque fué una Revolución improvisada, y porque los hombres de los comités, valientes, desinteresados, sentimentales, no eran los hombres conscientes del rol que les tocaba desempeñar.

El Estado de París durante la Comuna—

Las calles sin policías estaban absolutamente seguras. Los actos de bandolerismo fueron muy pocos. Los mismos malhechores se mantuvieron en actitud bondadosa, a pesar de no haber sido abolida la propiedad individual. Todos estaban compenetrados de la grandiosidad de los hechos. Lo moral renacía por la ausencia de la policía, del gobierno y de los instrumentos de represión.

La brutalidad de los Versalleses—

El Gobierno parlamentario de Versalles, sordo a los votos de conciliación que se formulaban de todas las provincias, mostraron desde un principio toda su ferocidad, toda su hambre de sangre y de venganza. Los prisioneros de la Comuna eran declarados bando-

leros y fusilados sin juicio previo. Las damas elegantes de las busguesía de Versalles se divertían con esos mismos prisioneros martirizándolos y clavándoles alfilerazos en los ojos.

El general Gallifet, monstruo infame, aborto inmundo de una clase pervertida, declaró con un cinismo inaudito que a los comuneros debía exterminárseles como se exterminan a las bestias feroces.

Pero ¿quién puede describir las atrocidades cometidas por los versalleses vencedores? Se fusilaba en masa, las montañas de cadáveres se erguían como una maldición sobrenatural. París estuvo a punto de perecer. La ciudad lumière fué el teatro de la más grande tragedia que registra la historia. Nerón ante las siniestras figuras de Thiers y Gallifet es una estrella ante la lúgubre noche del infortunio.

Los muertos de Mayo de 1871—

Cuartel de la Pipiniére	1.806
Parque Monceaux	1.792
Escuela Militar	1.800
Cuartel Dupleix	798
Joven Francia	1.000
Buttes-Montmartre	600
Cuartel Loban	1.300
Torre Saint-Jacques	1.200
Luxemburgo	3.000
Cuartel del Prince Eugenio	900
Pére Lachaise	2.200
Mazas	600
Alle Due Roquettes	1.852
Santé	652
Buttes Chaumont	1.000
En varios lugares	3.000
Por el camino de Versalles	2.900
Fusilados por orden de Gallifet	26.804
Fusilados en los carros	4.026
Muertos asesinados	7.294
Total muertos	62.718
Deportados y condenados	60.917
Total de víctimas	123.635

***Comentarios periodísticos*—**

Recortamos de los periódicos burgueses de junio 1871, las siguientes noticias referentes a los estragos de comunalistas, llevados a cabo por los mercenarios del gobierno de Versalles:

Las fuerzas de los insurrectos que se han batido pueden calcu-

larse en unos 70 a 80.000 hombres con 400 ó 500 cañones, mal servidos por falta de artilleros. Las del ejército en 100.000 hombres con 500 ó 600 cañones.

Los rojos se han batido con desesperación: los miembros de la *Commune* y del Comité de Salud Pública han permanecido casi todos (*todos*) en sus puestos hasta el último momento, pagando con la vida su obstinación...

Hay que exterminar a esos bandidos, se oye por todas partes; pues bien, cuando una ciudad presenta 80.000 bandidos para el combate, lo cual quiere decir que tiene 300.000, cuando no se trata de combatir, es que la máquina social no está bien montada: estúdiense y plantéense las modificaciones que deban introducirse, y se evitará radicalmente la reproducción de estos horrores. Por lo demás, el exterminio es una arma tan cruel como inútil; si se les extermina ahora se reproducirán en diez o veinte años, y no puede considerarse una matanza periódica como el mejor remedio para conservar el orden social. — (*Times,* de Londres).

Mientras que los cañonazos resuenan aún a lo lejos, que los heridos agonizan sin auxilio alguno entre las tumbas del P. Lachaise, que seis mil insurgentes aterrorizados arrastran sus desesperación por el laberinto de las catacumbas, que muchos desgraciados huyen por las calles y otros en montón son asesinados por las ametralladoras, es repugnante ver los cafés llenos de bebedores de absenta, de jugadores de billar; las cocotas paseando su desvergüenza por el boulevard, y oir los ruidos de orgía que salen en medio de la noche de los gabinetes particulares de los restaurants a la moda. — (*La Riforma,* de Florencia).

La autoridad allana los domicilios, prende a los pacíficos ciudadanos, los traslada a Versalles, donde son tratados como fieras, y esto lo hace en gran escala todos los días, por que se ven recorrer las calles cuadrillas de soldados dirigidos por agentes de policía que van acá y allá y prenden a quien se le ocurre, por el fundamento de alguna denuncia anónima o por su simple voluntad.

A las once de la mañana del 24 de mayo dos divisiones de infantería, con grande artillería y un destacamento de gendarmes a caballo, atacó la barricada de la Cruz Roja, que los insurrectos habían fortificado con algunos cañones, y después de una encarnizada lucha, se apoderaron de ella y de la plaza de San Sulpicio.

En el seminario se habían guarecido multitud de mujeres, ancianos y niños, y al ser tomado por los soldados, la plaza apareció desierta; tan sólo en la puerta del seminario se hallaba un hombre, que dijo ser cirujano; no satisfecho el jefe, penetra en el edificio, donde se habían refugiado los defensores de la barricada que fueron todos sacrificados de la manera más cruel y repugnante que pueda concebirse.

Una mujer cogida como supuesta incendiaria, es fusilada en el acto. Llevaba en los brazos una criatura de pecho: en el momento que van a tirar sobre ella alarga los brazos para que alguien recoja la criatura; pero la gente grita: *Matadle también y habrá un bandido menos con el tiempo;* y ambos caen mortalmente heridos.

En el cementerio del P. Lachaise se obligó a un numeroso pelotón de prisioneros a cavar una zanja; cuando el jefe de fuerza destinada al cruento sacrificio creyó que ya tenía profundidad suficiente, hizo poner a su borde, de rodillas, a aquellos desgraciados; los soldados hicieron fuego, y los mártires cayeron en la fosa que ellos mismos habían cavado... — (De *La Epoca*, de Madrid).

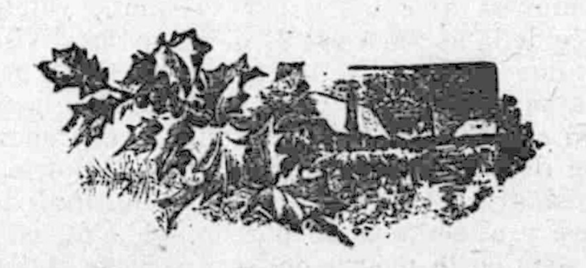
Conclusión—

Después de estos horribles relatos hechos por la misma prensa adversa, podéis pensar en una revolución anárquica cuanto queráis, pero jamás debeis intentarlo sino quereis haceros verdugos del pueblo. La revolución debe ser organizada sobre férreas bases, debe imponerse el principio dominador en absoluto contra los enemigos del pueblo y el principio de orden entre el mismo pueblo. Técnicos responsables, hombres probados, deben constituir el núcleo dirigente; y se impone la dirección cuando la evolución definitiva de la especie aun no se ha operado, y no se ha operado por la falta de posesión material de las cosas y por la falta de libertad.

Que no se desvíe el principio evolutivo de la revolución si no quieren repetirse las tragedias como las de la Comuna, y si no se quiere que se enseñoree de nuevo la prepotencia y la usurpación.

El pasado, negado por alguien, es el gran maestro del futuro. Y el pasado nos dice de los errores y de las crueldades.

Evitemos pues esos errores, ahuyentemos esas crueldades.



18 de Marzo de 1871

FANTASÍA-REALIDAD

En el etéreo espacio rodaban los mundos siguiendo la inflexible eléptica línea que leyes naturales trazáronles.

Ante *Urania*, magestuosa y serena, pasaban veloces, con rapideces variadísimas, esparciendo en todas direcciones las luces diversas del esplendente arco iris, llevándolas el éter en busca de este más allá del infinito que nunca acaba.

Todo era silencio, quietud, magestuosa armonía en el espacio.

Luz, colores, vibraciones, velocidades, fuerzas, el movimiento, en una palabra era la nota dominante que abarcaba la mirada de la antigua musa de los cielos.

El oído humano no hubiera percibido ruido alguno. Este no trasmite en el espacio.

Los sistemas solares desplegaban ante la serena mirada de la musa, el espléndido panorama de sus distancias, calculadas unas pocas por el hombre, desconocidas las mayorías.

El rayo de luz que chocaba en su retina llevábale, aprisionado y elocuente, la composición química del astro que lo esparcía vibrante en el éter.

Urania abarcaba el Universo, sondeaba las distancias colosales que el hombre apenas si tiene tiempo para cifrarlas en el papel.

Ella bañábase en los cambiantes colores de los soles desconocidos para todo otro ser que no fuera ella.

Sonriente y plácida, con la placidez de la sabiduría, adivinaba la vida mundial y la vida del Universo; percibía los latidos de los planetas habitados, asistía al nacer de la primera orgánica vida en otros, contemplaba impasible la muerte de muchos.

El macrocosmo y el microcosmo estaban presentes ante la musa.

Esta fijóse en él; y a pesar de la velocidad con que era arrastrado por el espacio, tuvo el tiempo suficiente para formarse idea del origen de aquellos ruidos salidos del seno de aquel átomo universal.

Vió a los seres que lo poblaban destrozándose entre sí, ignorantes y embrutecidos. A sus oídos llegaba el confuso rumor de la batalla, percibía los fogonazos de las armas, distinguía los ayes de los heridos, el estertor de la muerte orgánica.

Para los habitantes de un trozo minúsculo de aquel mundo, era el 18 marzo de 1871. Para *Urania* no existía esta fecha; el tiempo no se mide. La musa recordaba que apenas acababan de nacer y ya se destrozaban; que los había contemplado rastreando, un día, en la superficie del planeta, otro refugiados en cuevas, más tarde matándose entre sí, y en lo sucesivo, cada vez que el átomo pasaba ante su vista, aun no habían perdido su mortífera ferocidad.

Urania comprendió en seguida. El átomo mundial se alejaba ya, arrastrado por atracción invencible, perdíase otra vez en el vestíbulo del infinito, cuando la musa, majestuosa y serena, iba reflexionando sobre aquella lucha.

—¡Fatal condición de vida es la de estos seres! — decíase: — han progresado matándose entre ellos. Pero día vendrá en que su progreso no estribará en su destrucción. Me lo ha indicado esta lucha actual. Ella es señal de que van perdiendo su bestialidad y tocan en los comienzos del raciocinio. Antes se mataba sin que la mayoría supiera porqué. La ignorancia de todos, desarrollando la maldad en unos, la pasividad en otros, los convirtió en carniceros.

Hasta hoy habían sido en absoluto el juguete de uno solo, defendiendo a unos pocos a costa del abandono de la mayoría. Hoy es ya distinto. Principiaron a comprender. Intuitivamente se acercan a la verdad que les hará cesar la matanza. La mayoría de estos seres que lo pueblan no está ya abandonada a merced de la minoría como estábanlo antes. Su ignorancia del porqué de las cosas ha disminuído. Han adivinado aunque vaga, confusamente, que el progreso suyo comienza realmente en la defensa de la mayoría. No defienden a uno, están aprendiendo a defenderse ellos. No quieren estar abandonados. Quieren vivir, gozar, aprender. El inmenso rebaño huye del pastor que lo conducía al matadero. ¿Sabrá, podrá huir? ¿no es acaso una ilusión?

Y para desvanecer la duda, la musa fijó sus pupilas grandiosas sobre el punto mundial apenas visible, concentrándolas en el terreno de la lucha, para mejor ver lo que en él pasaba.

—No, no me engaño. Oigo sus voces, sus protestas airadas, sus

razonadas palabras. Escucho sus argumentos, sus afirmaciones. Antes no las tenía la mayoría de ellos. No quieren ser esclavos, se han rebelado contra el dueño y le hacen frente. Este, vacila, tiembla; ya no ataca, se defiende. Las voces de mando no hallan eco eficaz, bambolea su estandarte manchado con sangre de sus víctimas... ¡Retroceden! ¿vencerán?...

Y tras unos instantes de mayor atención prestada:

—No, no pueden vencer aún. Aún quédanles vestigios de errores antiguos. No seguirán el camino por completo. No es tiempo aún. Son pocos, uno contra cien, mil acaso. Pero pelean denodados. Los que combaten tienen mejor la fuerza en el cerebro que en el brazo. Pero es necesario que esta fuerza la acreciente el tiempo, la depure la razón, que ésta les haga comprender con claridad mayor el final del camino a seguir... pero, ¿qué ruido es éste? veámoslo.

Y la musa miró más atentamente aún:

—¡Están en el final de la pelea! el ruido que hirió mis oídos eran las últimas descargas... el comienzo de la verdad ha sido derrotado en esta pelea, pero no vencido. Esta lucha es aún el preludio de otras. La ignorancia y la maldad aún imperan en la superficie del planeta Tierra. Con ellas la esclavitud.

Hasta aquí llega el último ¡ay! de 65.000 víctimas conscientes. También el de los insconscientes sacrificados en defensa de la tiranía que los forzó a la pelea.

¡Cuánta sangre! La tierra está roja, empapada de ella...

Urania quedóse pensativa cortos momentos, y luego, mientras el átomo terrestre, perdido en el espacio, alejábase velozmente, continuó:

—Rueda, gira, camina veloz, planeta ensangrentado, llevando en tu seno la agonía de las víctimas de unos pocos, la esclavitud de muchos.

Muchas otras veces pasarás aún ante mi vista ensangrentado y terrible.

Pero día vendrá en que lucirás en tu frente la luz de la paz. Este día se acerca ya. Estás en su vestíbulo. Para franquearlo necesítase que el esclavo mundial haya comprendido que no debe serlo por más tiempo, que alcance mayoría de combatientes en pro de esta verdad poco definida que hoy les llevó a nueva lucha.

Vencidos de hoy, llevais en vuestro seno una idea noble, una

noción del bien, más precisa que la que concebiais antes. El mal que combatís aún dejó rastro en vuestros cuerpos. Extirpadlo del todo si quereis vencer mañana.

¡Y vencereis! Lo dice el progreso, lo dice la razón, lo dice esto mismo que hoy os impulsó a la pelea secular.

Nadie os ha vencido; sólo os han derrotado momentáneamente. Surgireis de vuestras propias cenizas.

Luchad, luchad más aún. La sangre que se vierte es impulsora de vuestro progreso.

En tu elíptica ¡oh mundo diminuto! llevas la futura calma, el bienestar de mañana. Que el sol que te atrae riegue con sus cálidos rayos las ideas emancipadoras de tus hijos.

Haz ¡oh tiempo! que madure la semilla que en esta su fecha de 18 Marzo 1871, han plantado los atletas, vanguardias del porvenir dichoso y sonriente.

Apresura tus minutos, conviértelos pronto en realidades para ellos. Que mañana, cuando vuelvas, pueda yo contemplarlas perdida su bestialidad, convertidos en hombres libres y conscientes.

¡Libertad! razón! he aquí lo que llevas. Agranda estas dos palabras, agigántalas en la mente de los orgánicos seres terrestres.

Que cual se mueven los astros, se muevan ellos. Que la atracción sea razón, que la elipse sea libertad.

Urania, la mitológica, musa de los cielos, que hoy contempla tanto estrago, sólo espera desaparecer en el olvido cuando la libertad en la tierra sea un hecho.

Mi muerte será su vida...

Calló la musa, entonces envuelta en los rayos de un sol doble.

La tierra no se veía ya. Los mundos sucedíanse a los mundos. Pero el éter llevaba las vibraciones de la vida terrestre...

José Prat.

LEÓN TROTZKY

(RECUERDOS E IMPRESIONES)

La primera vez que yo oí hablar de Trotsky fué en 1903, en Siberia, a donde me había deportado el gobierno del zar. Trotsky acababa de huir al extranjero con un pasaporte falso. Sus compañeros me hablaban de él como de un hombre de gran porvenir:

—¡Ya lo verá usted! Ese muchacho llegará a ser uno de los jefes del movimiento revolucionario.

—Tiene algo de Lasalle.

—Y trata de aumentar el parecido.

Tales juicios me intrigaban, despertándome grandes ganas de conocer al Lasalle ruso. No fué cosa fácil para mí. Condenado a doce años de trabajos forzados, desesperaba ya de verme un día en libertad. Pero en el mes de septiembre de 1904, después de una estancia de diez y ocho meses en Siberia, pude escaparme sin despedirme de los gendarmes, como se dice en Rusia, y sin pagar mi cuenta al gobierno ruso, al que quedé debiéndole diez años y medio de presidio.

Después de vencer una porción de obstáculos, llegué, seis semanas después, a Berlín. Y la primera cosa que me propusieron mis amigos, fué ir a una conferencia que daba Trotsky.

—¿Pero está en Berlín?

—Sí. Y esta tarde dará una conferencia sobre Lasalle.

¡Trotsky hablando sobre Lasalle! No cabía duda de que el destino me era muy favorable.

Aquella noche tuve el gusto de conocer a Trotsky. Nuestra conversación giró alrededor de la vida en Siberia y de mi fuga. Todo el tiempo que duró nuestra charla estuvo con sus ojos fijos en mí como si quisiera tomarme medida. Me produjo la impresión de un hombre fuerte, orgulloso, duro, tenaz, implacable. Sus labios finos y apretados, sus cejas fruncidas sobre los ojos fríos y penetrantes, todo su rostro nervioso y expresivo revelaban una carácter más que batallador, agresivo. En su cara había algo de mefistofélico: sus facciones descarnadas, su alta frente, su mirada aguda, su barba móvil, adornada con una pequeña perilla, me recordaban la cabeza de Mefistófeles, obra del célebre escultor ruso Antokolsky.

A los pocos minutos Trotsky subió a la tribuna. La sale estaba llena de un público bullicioso. El conferenciante, con un gesto imperioso, hizo el silencio y comenzó a hablar. Desde las primeras palabras se vió que era un verdadero orador, dueño del arte de

dominar a su auditorio. Hablaba con extraordinaria facilidad, sin consultar las notas que tenía sobre la mesa. Las frases se sucedían redondas y perfiladas, en orden perfecto, llenas de brillo. De vez en cuando levantaba la voz, y entonces sus palabras semejaban un fuego de artificio que caía en estrellas de colores sobre los oyentes. Era un orador artista, quizá más bien un artista que un orador.

Mi impresión de que Trotsky es un artista se confirmó a medida que fuí conociéndole. Es un artista siempre y en todos los momentos. Los estrados de los círculos políticos, las tribunas de los mítines populares, hasta las barricadas, son para él como un escenario teatral. Y hasta en las barricadas compone cuidadosamente sus posturas y sus gestos.

Unos meses después encontré a Trotsky en Ginebra, que en aquella sazón era la residencia preferida de los emigrados políticos rusos. Se agrupaban en torno de Plejanov, Lenin, Martov, Vera Zosulich, Chenov. Casi todos vivían en la miseria más negra. Pero aunque comían poco, no por eso dejaban de apasionarse por las cuestiones políticas y sociales. Aquellos estómagos vacíos discutían incansablemente sobre los medios más eficaces de acabar con el antiguo régimen.

La colonia rusa estaba muy dividida. Había tres partidos: socialdemócratas, socialistas-revolucionarios y anarquistas; todos ellos, a su vez, se dividían en fracciones hostiles; especialmente reñían entre sí las dos fracciones del partido social-demócrata, es decir, los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, y los mencheviques, acaudillados por Plejanov y Martov.

Trotsky no se adhirió ni a los bolcheviques ni a los mencheviques. Formó una tercera fracción que se llamó *primirentzi*, es decir, de los pacificadores. Pretendía restablecer la paz entre los partidarios de Lenin y los de Plejanov; pero, en vez de pacificar, atacaba con extrema violencia a los unos y a los otros, y las luchas intestinas, en lugar de cesar, iban creciendo. En vez de dos frentes de combate, el partido social-demócrata tuvo tres. Lenin luchaba no sólo contra Plejanov y Martov, sino también contra Trotsky, a quien calificaba de demagogo y de aventurero revolucionario; Trotsky fulminaba contra Plejanov y Lenin; Plejanov atacaba a Lenin y Trotsky, y todos juntos discutían encarnizadamente con los socialistas-revolucionarios y los anarquistas.

Por esta época Trotsky representaba ya un papel importante en el movimiento revolucionario. Sus discursos y folletos tenían excelente éxito; pero ¡ay! casi solamente entre los emigrados rusos del extranjero. La literatura socialista, fabricada en Ginebra y en París, no pasaba a través de la frontera rusa más que gota a gota, como agua a través de una muralla de piedra. Para que no tuviesen mucho peso, los folletos y periódicos se imprimían en papel finísimo, casi como el de fumar. Un destacamento de contrabandistas-revolucionarios hallábase siempre cerca de la frontera, buscando los medios de

hacer por cualquier parte una brecha en la muralla, bien guardada por soldados y gendarmes. En algunas ocasiones conseguían establecer, mediante fuertes cantidades de dinero, buenas relaciones con los gendarmes, y entonces millares de kilos de literatura revolucionaria y hasta los revolucionarios mismos, pasaban al otro lado de la frontera, como el agua en la primavera después de haber roto los diques que la aprisionaran.

Un día recibimos la noticia secreta de que en Novoselitzi, lugar situado en la frontera ruso-austriaca, nuestros compañeros habían conseguido «comprar» a los gendarmes, con su jefe, y que, por consiguiente, había que dirigir allí toda la «mercancía» y los hombres. Por aquel tiempo nuestros fabricantes de pasaportes falsos tenían mucho que hacer. Yo salí para Londres y compré allí un centenar de pasaportes de compatriotas que se dirigían de Rusia a América y que, por lo tanto, no iban a necesitar aquellos documentos. El precio de esos pasaportes oscilaba entre cinco y quince chelines.

Estábamos casi en vísperas de la revolución de 1905.

Con uno de esos pasaportes, a nombre de Yanosvsky, Trotsky salió para Rusia. Semanas después, yo también, con otro pasaporte, artísticamente hecho, tomé el mismo rumbo.

En Petrogrado me encontré con Trotsky por tercera vez. Era en la primaverea de 1905. La capital estaba convertida en un hervidero de pasiones políticas. Las terribles derrotas, que los japoneses habían infligido a las tropas rusas en la Manchuria, provocaron la indignación general contra el zarismo. Soplaban nuevos vientos. Las masas obreras preparábanse a la lucha. Millares y millares de folletos y hojas volantes excitando a la revolución, salían de las imprentas clandestinas. Hasta los liberales se daban cuenta de que el gobierno zarista no podía conducir al pueblo ruso más que al abismo.

Trotsky, con su nombre supuesto, derrochaba gran actividad. Con frecuencia le veía sobre tribunas improvisadas en las grandes fábricas de Putilov, de Obujov y otras, exteriormente rodeadas por los cosacos. Sus discursos eran como llamas que lanzaba sobre los obreros. Siempre disfrazado, cada día de una forma, recorría las calles de la capital, tomaba parte en las reuniones del Comité revolucionario, asistía a los mitines, escribía artículos en la prensa clandestina. Y, en medio de ese trajín, permanecía sin perder nunca la cabeza, conservaba siempre su sangre fría, burlaba con acierto a la policía y a los espías.

A fin de Mayo, casi todo el comité revolucionario de la capital, incluso yo, fuimos detenidos, merced a la delación de un traidor que supo meterse en nuestras filas. Trotsky escapó a la detención por un milagro; dirigíase a la casa donde iba a celebrarse la reunión del Comité; pero ya cerca de aquella casa su olfato extraordinario percibió el «tufo a gendarmes» — y se volvió por donde había ido. Los gendarmes, a pesar de mi disfraz, reconocieron en mí a su antiguo

cliente y me declararon que había llegado la hora de pagar mi deuda al Gobierno, amén de los intereses correspondientes. Me metieron en la fortaleza de Pedro y Pablo, y no pude ver más a Trotsky en Petrogrado. Sólo después de mi nueva fuga de la prisión central de Orel, adonde me trasladaron a principios de 1906, me enteré de que Trotsky representó en Octubre de 1905 un gran papel en el movimiento revolucionario de la capital y fué elegido vicepresidente del primer Soviet de los obreros.

La revolución de 1905 fué ahogada en sangre. La reacción se vengaba con inaudita atrocidad del temor que la inspiró el corto triunfo de las masas revolucionarias. Casi todos los jefes del movimiento, que no consiguieron escaparse a tiempo al extranjero, fueron fusilados o encarcelados. A Trotsky le deportaron otra vez a Siberia. Pero otra vez se escapó. Como para burlarse del gobierno, publicó entonces un librito muy gracioso, titulado *De ida y vuelta,* en el que describía su viaje a Siberia y su fuga al extranjero. La prensa, incluso la conservadora, vió en este librito un símbolo: a pesar de todas las represiones, el movimiento revolucionario acaba siempre por volver.

Transcurrieron años y años. Yo tuve la mala suerte de caer de nuevo en las garras de los gendarmes, pasé dos años más en las prisiones zaristas, me escapé de nuevo y fuí a establecerme definitivamente en París. Durante ocho años no ví a Trotsky; él vivió casi todo ese tiempo en Viena, donde tomó una parte muy activa en el movimiento revolucionario austriaco. Poseía perfectamente el alemás y escribía folletos incendiarios en este idioma.

Pero vino la guerra. Trotsky, como súbdito ruso, se vió obligado a abandonar Viena y se dirigió a Zurich. Su estancia en esta ciudad fué de corta duración. En el mes de octubre de 1914, Lunacharsky, el actual ministro de instrucción pública con Lenin, me anunció la llegada en breve plazo de Trotsky a París. Trotsky acababa de recibir encargo de un gran periódico ruso de establecerse en París como su corresponsal de guerra. Unos días después recibí yo también del mismo periódico idéntico encargo. Había que organizar nuestro trabajo para no coincidir uno con otro, y yo esperaba a Trotsky con cierta impaciencia.

Por fin llegó a París. Se instaló en un pequeño hotel de la calle de Odessa, en el barrio de Montparnase. Me fuí a verle. La habitación era más que modesta: dos francos diarios. Trotsky había ido solo; su mujer y sus dos hijos se habían quedado provisionalmente en Zurich. Su equipaje era también más que modesto: dos maletas viejas que traían etiquetas de casi todas las principales estaciones ferroviarias de Europa.

Nuestra cuestión se arregló pronto y del modo más amistoso.

—El periódico es bastante rico — me dijo Trotsky — y puede permitirse el lujo de tener dos corresponsales de guerra.

Decidimos que yo hiciese viajes por el frente y que Trotsky mandara al periódico sus artículos desde París. Este arreglo era tanto más natural como que Trotsky por aquella época conocía muy poco el francés, y durante sus visitas al frente la policía francesa le hubiera podido tomar por un espía.

Al poco tiempo Trotsky entró en la redacción de un periódico ruso, *Nuestra Palabra,* que publicaba en París un grupo de emigrados políticos. Algunas semanas después de su ingreso se apoderó completamente de este periódico, convirtiéndose en su director de hecho. Inmediatamente dió a la hoja un carácter internacionalista, francamente antimilitarista. Discutía desde él con los socialistas patriotas, a quienes acusaba de traicionar los ideales revolucionarios. En plena guerra, en la capital de Francia, que sacrificaba diariamente millares de vidas humanas en su penosa lucha contra los alemanes, Trotsky gritaba todos los días desde las columnas de aquel periodiquito: «¡Abajo la guerra!» La cosa era demasiado atrevida. Los Maurice Barrés, Leon Daudet y demás reaccionarios franceses, no tardaron en denunciarlo y en reclamar medidas de represión contra *Nuestra Palabra*.

El periódico era muy pobre y se veía obligado todos los días a pedir socorro a sus poco numerosos lectores de la colonia rusa. A veces carecía hasta del dinero necesario para pagar a los cajistas. Ni Trotsky, ni casi ninguno de sus colaboradores, cobraban nada. Algunos de ellos, no teniendo medios para pagar la casa, dormían en las «oficinas de la redacción», es decir, en la única habitación que había, destinada a redacción, a administración e imprenta. Ciertos admiradores del periódico, entre ellos Chicherin, el actual ministro de Estado con Lenin, le sostenían con sus medios, permitiéndole así vivir.

A fines de 1915, la situación de la colonia rusa, que contaba con decenas de millares de personas, se hizo muy penosa. El Gobierno francés dispuso que los rusos ingresaran como «voluntarios» en las filas del ejército francés, o de lo contrario que volvieran a su país para incorporarse a las tropas rusas. Pero la mayor parte eran emigrados políticos, perseguidos por el zarismo. Al regresar a Rusia hubieran sido metidos en la cárcel o deportados a Siberia. Por otro lado, los súbditos rusos que ingresaron en las filas del ejército francés, eran mirados por sus jefes como revolucionarios. Se les metía en la famosa «legión extranjera», donde les maltrataban del modo más cruel. Muchísimos rusos fueron fusilados por los consejos de guerra, so pretexto de desobediencia.

Como era natural, los rusos de París no podían manifestar ningún entusiasmo por el servicio militar en Francia en tales condiciones.

Tampoco tenían la posibilidad de volver a Rusia. Y el Gobierno

francés, así como toda la prensa reaccionaria, les declararon la guerra, persiguiéndolos de mil modos.

Entonces la colonia rusa, representada por todas sus organizaciones de carácter político y económico, confió la defensa de sus intereses a un Comité ejecutivo de cinco miembros. Trotsky y yo formamos parte de este Comité y trabajamos juntos hasta su expulsión de París, a fines de 1916.

Tengo que decir que Trotsky demostró en su nuevo cargo una gran energía. Siempre prefería una táctica agresiva, olvidando que estábamos en plena guerra, en país extranjero, a merced de la policía, que podría expulsarnos a cada momento y anular de este modo toda nuestra obra.

En aquella época vivía ya con su familia en un pisito modesto de la calle Oudry, en el Barrio Latino. Me acuerdo de un detalle muy característico de Trotsky. Una vez yo y otro miembro del Comité le visitamos para leerle un llamamiento *A la opinión pública* francesa, que yo había escrito por encargo del Comité. Tomando el tradicional té ruso, discutimos unos párrafos del llamamiento. Por fin llegamos a un acuerdo: Trotsky introdujo unas enmiendas y aprobó el documento. Pero al final dijo con mirada pensativa:

—Todo eso está muy bien, pero a estos canallas habría que hablarles otro lenguaje.

—¿Cuál?

Trotsky tardó en contestar y quedóse un largo rato absorto en sus pensamientos.

—Estoy seguro — dijo, por fin — estoy seguro de que la guerra enseñará a los pueblos ese lenguaje.

Los dos fuimos nombrados para entablar unas negociaciones en defensa de los rusos cerca de algunos diputados socialistas y otras personas de influjo. Recuerdo nuestra primera visita al Parlamento francés. Ni es fácil olvidar nunca la mirada de desprecio que Trotsky lanzó a su alrededor, tal que un fanático musulmán en un templo cristiano. Cuando nos introdujeron a un despacho especial, en donde nos esperaban los diputados, yo le presenté a mis amigos Leon Longuet, Ernest Lafont y Marius Moutet, a quienes él no conocía. No sospechaban aquellos señores que ante ellos se encontraba el hombre que, en breve, iba a ser dueño de Rusia.

—¡Bueno! — dijo uno de los diputados con sonrisa burlona. — Siempre los rusos, los terribles rusos. No nos dejan en paz. ¡Hacen tanto ruido!...

Era una broma, pero a Trotsky no le hizo gracia, y empezó a hablar en un francés chapurrado, de que era una vergüenza para el partido socialista francés no protestar violentamente desde las tribunas del Parlamento contra las injusticias que se estaban cometiendo con los rusos.

—Y no solamente con los rusos. En su famosa República de ustedes ocurren muchas cosas verdaderamente canallescas.

El mismo diputado fijó en él una mirada risueña, como un hombre que oye a un niño enfadado. Trotsky percibió el sentido de esta mirada, y sus ojos lanzaron rayos de fuego. Entonces el otro cambió de tono y se puso a hablar con toda seriedad. Quizás se había dado cuenta de que aquel ruso de habla apasionada, de voz imperiosa y mirada ardiente, no era un hombre a quien se podía tratar con ligereza.

Por el verano de 1916, el «dossier» de Trotsky en la policía secreta francesa era ya muy voluminoso. Las denuncias contra él llovían una tras otra. Le consideraban como un hombre peligrosísimo, y el Gobierno tomó la decisión de expulsarle. Su periódico había sido muchas veces suprimido, pero Trostky seguía publicándole con otros títulos: *Nuestra Palabra* fué substituído por *Nuestra Vox* y luego por *Nuestra Epoca*. Los espías seguían a Trotsky y le encerraban en un círculo cada día más estrecho.

—Estoy bien guardado — decía él — y no hay miedo de que me ocurra nada malo.

Por fin, en el mes de septiembre recibió la orden de expulsión.

—¿Pero adónde puedo yo marcharme? — preguntó Trotsky al jefe de la policía.

—Adonde usted quiera.

—¿A Suiza, por ejemplo?

—Si quiere, váyase a Suiza.

Trotsky telegrafió inmediatamente a Zurich y a Berna, pidiendo permiso para entrar en Suiza. Pero el Gobierno helvético, a pesar de todas las instancias de los socialistas suizos, no quiso darle el permiso: estaba ya bastante enterado por la policía francesa de quién era Trotsky, y se negó rotundamente a abrirle sus fronteras.

Inglaterra tampoco quiso acogerle. Y no le quedó otro remedio que venir a España.

Después de ciertas negociaciones con el Consulado español en París, Trotsky recibió la autorización para entrar en España.

—¿Puede usted garantizarme que no seré detenido por la policía española? — preguntó Trotsky al jefe de la policía francesa.

—Eso no depende de nosotros.

—¿Cómo no? Eso depende del informe que dé usted a la policía española.

—No mandamos ningún informe.

Trotsky, como era natural, tenía muy poca confianza en estas afirmaciones.

—Estoy seguro de que van a detenerme en España — decía a sus amigos.

Pero no tuvo más remedio: había que salir de Francia por la única puerta que estaba abierta. De lo contrario, habría sido llevado a un campo de concentración.

La colonia rusa se impresionó hondamente con la orden de su expulsión, y numerosas organizaciones le manifestaron en esta oca-

sión su simpatía. Como no tenía dinero para el viaje, la colonia le proporcionó una cantidad, que, si no me equivoco, ascendió a mil francos.

Por fin, en los primeros días de noviembre, Trotsky salió acompañado por un agente, «discretamente», según la expresión de la policía, para Hendaya. Su familia se quedó en París a la expectativa.

A pesar de la promesa del jefe de la policía francesa, el mismo día de la salida de Trotsky la policía española recibió un telegrama de París, advirtiéndole que un revolucionario y terrorista muy peligroso, llamado León Trotsky, se dirigía a Madrid.

—Tengan cuidado — venía a decir este telegrama — es un hombre que puede prender fuego en casa de ustedes.

Y la policía española, asustada por esta advertencia, tomó sus medidas de precaución.

N. Tasin.

Madrid, 1.° de diciembre de 1919.

¡COMO MUEREN NUESTRAS PUBLICACIONES!

Llevamos seis meses de vida; vida ajena por cierto. Lo demuestra el balance que a continuación publicamos.

Tenemos 82 suscriptores y 20 paqueteros; los primeros nos deben $ 32.15 y 470.86 los segundos.

Hemos pagado a la imprenta por los 5 números 1115.00 pesos y entre estampillas y otros pequeños gastos $ 62.20; total que llevamos gastado $ 1177.20 y sólo hemos recibido 523.29 por lo que tenemos un défisit de $ 653.91.

No queremos recurrir a la colectividad pidiendo funciones a nuestro beneficio; queremos vida propia, y para esto reducimos la tirada desde este número, suspendiendo el envío a todos los paqueteros que son sordomudos a nuestras cartas. Y desde el próximo número, suspenderemos también el envío a todos los suscriptores que no hayan pagado el primer semestre.

No queremos nada por nuestro trabajo; si llegase a haber sobrante se empleará en mejorar la revista o se destinará en otros medios de propaganda. ¡Así mueren nuestras publicaciones!

QUEDAN AVISADOS SUSCRIPTORES Y PAQUETEROS

LA PEQUEÑA

Era una fría noche de primavera. A través de los encajes que cubren los cristales de la puerta del comedor se ve a la familia Hernández reunida en el plácido sobremesa y sonriendo a un tema amable cuyo comentario obliga a prolongar, el ambiente tibio y propicio. El murmullo de las voces trasciende mezclado con el timbre agudo y alegre del cascabel de un perrito de aguas que va y viene por debajo de la mesa, olisqueando.

De pronto el diálogo se interrumpe. La señora corta bruscamente una de sus frases, dejando inconcluso en el aire un armonioso ademán. Impulsada por una idea repentina se levanta de su ancho sillón y abriendo la puerta con movimiento vivo, llama desde allí:

—¡Palmira! ¡Palmira!

Palmira es persona del servicio de la familia Hernández. Ha cumplido nueve años y no se le ocupa sino en las pequeñeces propias a esta edad; ceba mate, limpia los bronces, barre la casa y va por los mandados a la tienda o al almacén. Desde que sus padres la abandonaron en manos extrañas — ella no recuerda cuándo sucedió ese simple y horrible acontecimiento — vive, sin poder explicarse la causa, en continua angustia y sobresalto. Por esto, a pesar de su doble carácter, mira a todo el mundo hoscamente por debajo de un mechón de cabello rebelde que se empeña en caerle sobre los ojos.

Esa noche al oir el llamado imperativo sintió que con más fuerza que nunca, la embargaba el temor a lo desconocido; y, apresuradamente, desde la cocina, contestó con voz apenas inteligible:

—Voy, señora.

—¿También hoy te has olvidado de regar las plantas? — preguntó como censurando y exasperada la señora Hernández.

Palmira articuló un vago y sumiso:

—Voy, señora.

Ya más tranquila, la señora vuelve a entrar en el comedor y Palmira se dispone a llevar a cabo el último pequeño servicio del día.

Toma de un lavadero una jarra alta y picuda y va hacia el grifo. En la penumbra de un rincón del patio lo busca tanteando: lo encuentra al fin y lo abre. El agua cae rumorosa en el fondo de la jarra, lo que empieza a vocalizar vagamente. *Aaa*... cree Palmira que le dice, y, al ascender el líquido, *oooo*... y luego, cuando está mediada, *eeee*... Entonces la pequeña cierra el grifo porque sabe que la jarra llena es muy pesada para sus débiles brazos. Se apresura a llevarla hasta la tina más próxima, la vuelca y vuelve a repetir la operación primera.

Aaa... *ooo*... *eee*..., canta la jarra. El canturreo llega hasta

el comedor y obliga a la señora que lo sigue con oído atento, a asomarse nuevamente.

—¡Palmira! ¡Palmira! — le grita. — ¡Haragana! Así no concluirás nunca; llena la jarra.

Palmira sobrecogida, obedece. El agua al caer parece entonces que le dice: *aaa*... *ooo*... *eee*... y cuando se llena, una *iiii*... que huye rápida hasta derramarse con un *plá*... *plá*... que le [illegible]a frío. Así desbordante, prueba levantarla. Con una sola mano apenas la arrastra; emplea las dos, la toma del asa y del pico, y, reuniendo todas sus fuerzas consigue elevarla hasta el nivel de su cabecita. ¡Oh qué peso formidable! Aprieta los dientes, crispa las manos, da dos pasitos apresurados y, sofocada por el esfuerzo, tiene que abandonarla en el suelo. Mientras, el agua le ha caído sobre los vestidos y la humedad penetra hasta sus carnes, haciéndola estremecer.

Poco a poco llega hasta otra tina, pero la distancia le parece ahora enorme y la sucesión de ventrudas tinas, interminable. Vuelve una, dos, diez veces,... Ya no puede más; está exhausta, empapada, tiritando.

En ese intante, del comedor surge un coro de claras y espontáneas carcajadas que festejan la agudeza de un chiste. El cascabel del pequeño perro de agua multiplica su tintineo participando de la animación de sus dueños.

Palmira escucha, en medio del patio helado, ese desborde de alegría y como si una luz misteriosa la iluminara de pronto, tiene por vez primera la intuición de su dolorosa vida. Algo que ella no alcanza a definir, una angustia infinita va oprimiéndole el pecho y la garganta, y sacude, al fin, haciéndolo vacilar, todo su endeble cuerpecito.

Una voz desgarradora se expande entonces por la sombría casa:

—¡Mamá! ¡Mamá! — prorrumpe la pequeña buscando en su abandono el calor de unas lejanas caricias maternales. Pero nadie la oye, y por largo rato queda así sollozando caída sobre el mármol del pavimento.

La voz indiferente de la señora que le habla en la penumbra la despierta.

—¿Has concluído?

Palmira, que ha empezado a comprender la vida, miente por primera vez:

—Sí, señora.

—Bien; vete a dormir.

Y Palmira se retira a su cuchitril para descansar de los pequeños trabajos del día; y al dormirse vencida por la fatiga y el dolor sigue oyendo la canción obsesionante: *aaa... ooo... eee... iii... plá... plá... aaa... ooo... eee... iii... plá... plá*...

R. Francisco Mazzoni.

LOS ORIGENES PROFUNDOS DE LA REVOLUCIÓN RUSA

No se puede comprender cómo es que los boshevikis saben conquistar la adhesión de millones de hombres. ¿Cuál es la «utopía» que les dará fuerza? No es por cierto la violencia, medio odioso para ese pueblo esencialmente cristiano, cuyo pacifismo evangélico se manifiesta en esos proverbios característicos:

—Todo marcha bien cuando los vecinos se entienden.

Más vale acuerdo que baluartes de piedra.

En los albores de su historia, para repeler las hordas guerreras que lo asaltaban, llamó a los príncipes extranjeros y a sus hombres de armas, continuando el trabajo pacíficamente de sus campos. Su amor único y su verdadera religión era, «la tierra y la libertad», que el ogro moscovita le arrebató, tragándose a sus hermosas repúblicas de Kief, Novgorod y Pskof, hace cuatro siglos.

Este recuerdo vive aún hoy y nadie puede olvidar debido al gran entusiasmo con que fué saludada aquella era del tzarismo. En tanto el tzar, por algún tiempo fué el «padrecito». Era fe ciega para el pueblo ruso, de que el tzar combatiría el poder de los grandes propietarios terratenientes; pues, a éstos se debía que las repúblicas se habían transformado en oligarquías, y que iba a restituirles la «tierra y la libertad» por ellos usurpados.

Esta leyenda persistía, en virtud de la creación feudal de los «pomiestchik», los servidores del tzar, a quienes él pagaba con tierras, poco a poco transformados en señores con derecho de vida y muerte, mucho más terribles que los antiguos boyardos. Para los campesinos rusos, que el poder las propiedades de los « pomiestchiks » constituían una usurpación, pensaban que el « padrecito » les devolvería lo que hubiera prestado por algún tiempo.

Todos esos movimientos agrarios denotan un grado de vuelta al aspecto pasivo de la historia rusa.

Esos movimientos toman una amplitud grande y majestuosa en los siglos XVII y XVIII, con las figuras pintorescas de Stenka y Razine y de Pugatchev. A este último no le fué costoso hacerse pasar por el marido asesinado de Catalina II y obtener el sobrenombre de «padrecito» prometiendo al pueblo restituirle «la tierra y la libertad».

Esta leyenda tiene relación con el reinado de Alejandro II, que abolió la servidumbre. Mas el mujik, pronto advirtió que con la libertad no se restituían las tierras, y estaba obligado otra vez a depender del odioso «pomestchik», por un jornal miserable.

Con este proceder se perdió toda confianza en el tzar. Alejandro III y Nicolás II acabaron de destruir, persiguiendo la «obstchine» en

el seno mismo donde ellas actuaban, tratando por todos los medios de que no volvieran a aparecer.

La « obstchine » es la propiedad en común de la tierra, o más exactamente, el derecho de cada uno a una parte de los campos de la comuna. Este derecho trae consigo, el de tomar parte en la administración de los bienes comunales y de todos los negocios de la aldea. Siendo una escuela de confraternidad, al mismo tiempo que una práctica de colectivismo, la «obstchine» constituía en sí una gran fuerza social.

Era en la «obstchine» que el gran escritor socialista Tchernixeoski puso toda su esperanza en el futuro de Rusia. Profetizó la revolución social de su país con una precisión sorprendente. Hace más de cincuenta años, escribía él, que la Rusia, estando aún a retaguardia de los países civilizados, estaba mucho más cerca que ellos de realizar el «colectivismo». Cuando le objetaban que la «obstchine» era una forma, ya muerta, de todas las sociedades primitivas, respondía que las formas superiores no son sino el perfeccionamiento de formas primitivas, a la cual volvían. Era el fondo de su economía política notabilísima, que ejerció una influencia preponderante en el pensamiento socialista ruso.

Entendía él que ciertos países podían pasarse dentro de un tiempo prudencial, de la propiedad territorial privada, por la evolución directa en común de la «obstchine»,. Tal era, a su modo de ver, el caso del pueblo ruso, cuya religión de la tierra él compartía.

Con más ardor aún, fué este culto seguido por Tolstoi, que en la propiedad territorial ve una forma de esclavitud. Tolstoi fué llevado por esa religión porque conocía a fondo al pueblo ruso, porque su residencia habitual era el campo, con su hábito perseverante en los trabajos campesinos y porque sus meditaciones eran verdades sencillas: «La tierra es de Dios», dicen los mujiks; «A todos nos da Dios como la vida, la libertad de sacar de su tierra el sustento, con el trabajo»; «A ninguno le es lícito apropiarse de la tierra»; «Los que se enriquecen a costa de los que trabajan la tierra, cometen el mayor pecado, profanan la riqueza de Dios»; «Quien de la tierra se hace dueño, a Dios la roba »; « Libertar la tierra es obedecer a Dios».

Tolstoi compartía la indignación del pueblo ruso contra la propiedad territorial.

«El gobierno y las clases dirigentes, decía él, saben que su situación privilegiada en la sociedad está estrechamente unida a la cuestión agraria. Fingen cuidar del bienestar del pueblo, instituyendo cajas obreras, inspecciones e impuestos sobre la renta y la implantación de las 8 horas de trabajo, mas evitan de tocar la cuestión agraria: apoyados en su ciencia acomodaticia, afirman que la expropiación de las tierras es inútil, perjudicial, imposible. Se repite la misma cantinela que en tiempo de los siervos. En el comienzo de nuestro siglo, reconocíase que la esclavitud era un anacronismo irritante; mas la falsa religión y la falsa ciencia demostra-

ban que ningún mal había en ella, que ella era indispensable o que por lo menos era prematura su abolición. Es lo mismo que sucede hoy con relación a la propiedad de las tierras. La falsa ciencia y la falsa religión demuestran igualmente que ningún mal hay en la apropiación del suelo y que no hay necesidad alguna de abolir.

«Es necesario que, en nuestra época, cualquier persona instruída tiene obligación de comprender que el monopolio de las tierras, ejercido por hombres que nunca las han trabajado ni permiten que las utilicen millares y millares de familias necesitadas, es cosa tanto o más indigna como poseer esclavos, y no obstante vemos hombres que se pretenden cultos, aristócratas de pura sangre azul, en Inglaterra, en Austria, en Prusia, en Rusia, que hacen uno de ese bárbaro e infame derecho, y ninguna vergüenza tienen en decirlo, al contrario ostentan el mayor orgullo».

Será o no cierto, paradojal si se quiere, decir que los bolshevikis son tolstoianos, mas es lícito ver en su éxito a la aplicación de ciertas máximas favoritas de Tolstoi, fruto del sentimiento popular. Los bolshevikis procurarán hacer cooperar a los intelectuales con el pueblo, siendo los «Soviets» el resultado de esa cooperación.

Se transforma la intitución secular del *Mir*. *Mir* significa universo, el universo rural, esto es, todos los aldeanos que cultivan la tierra en común. Es una especie de parlamento rústico, que dirige y juzga todos los negocios y casos de la aldea. La palabra «soviet» (junta, consejo) ; como los vocablos *mir* y *obstchine* (la cosa en común), que se ha grabado dentro del pensamiento común, y el recogimiento de la conciencia colectiva de la tierra. La preocupación religiosa de la conciencia humana, guarda de la tierra libre, los negocios públicos, y particularmente rusos. Es cierto que cada pueblo es portador de una idea universal, la del pueblo ruso parece ser la de libertarse él solo.

A despecho de la falta de informaciones, de lamentar es la confusión que se hace de los esfuerzos reorganizadores de los Soviets, de los actos revolucionarios de los bolshevikis y de los manejos de bandidos y policías que aprovechan en río revuelto, hay motivos para conjeturar que la «utopía» de los maximalistas será el de adoptar la creencia arraigada tan profunda del pueblo ruso, a saber: «La tierra corresponde a Dios, a todos corresponde el trabajar».

Vera Starkoff.

Lisboa, diciembre de 1919.

(Traducido por Enrique Ginjoan, para «Vía Libre».

Anarquismo y Evolución

Publicamos este trabajo de Julio Molina y Vedia, que data del año 1895, para demostrar al lector que desde esa fecha el pensamiento anarquista de un argentino de pura cepa, predecía el advenimiento de una revolución económica (hoy llamada maximalista) para que así pudiera cambiar el carácter del individuo y que sea capaz de cumplir "la ley de igual libertad" a fin de hacer imposible la autoridad y hacer su desaparición inevitable, al mismo tiempo demuestra no haber incompatibilidad entre los términos Anarquismo y Evolución, ya que este último no indica sólo cambio pacífico sino también cambio por alzamiento armado, pero que no es absolutamente revolución anárquica, sin que ella impida el advenimiento evolutivo de una sociedad libertaria.

Hasta el tiempo presente, en el desenvolvimiento humano, individual y colectivo, las más grandes conquistas del entendimiento han consistido en la destrucción de concepciones falsas; así como las reformas de más transcendencia realizadas en la organización y funcionamiento de los Estados, consistieron en la supresión de leyes e instituciones.

Una creencia en extremo arraigada y que cuenta con la adhesión de muchos sabios, es que el grado de complicación en el mecanismo gubernativo, y el grado de división del trabajo son datos suficientes para obtener la exacta medida de la prosperidad de un pueblo.

Sin embargo, no es difícil descubrir que restricciones necesarias han sido olvidadas por aquellas personas que consideran esa creencia como un corolario legítimo de la ley de evolución.

En efecto: para que la creciente heterogeneidad de un agregado, indique un verdadero progreso, es condición indispensable que pueda observarse un simultáneo acrecentamiento en la estabilidad de dicho agregado. Faltaría pues saber, si las sociedades modernas no están amenazadas de un derrumbamiento; si su civilización está de acuerdo con la naturaleza o si por el contrario se halla en contradicción ascendente con fuerzas naturales de una superior persistencia a cuyo empuje toda otra fuerza acabaría por disolverse.

Además es preciso tener presente que el progreso social pasa a ser una pura apariencia desde el momento en que deja de ser favorable al progreso individual.

Y esto es lo que sucede: La diferenciación excesiva y desequilibrada que se nota en la fisiología de la sociedad actual se opera a costa de una regresión correlativa en las facultades del individuo.

Mientras una mayor heterogeneidad en el cuerpo social no corresponda a una mayor heterogeneidad en la vida del individuo, aquella no podrá ser estable y nuestros esfuerzos deberán dirigirse a moderarla. En tal sentido inevitablemente habrán de dirigirse los esfuerzos humanos, no en virtud de una idea, — la masa dominante compuesta de espíritus raquíticos no comporta semejante capacidad — sino en virtud de advertencias tan perentorias como la neurastenia, el alcoholismo y la locura, el delito y el hambre, y el profundo descontento de los espíritus adelantados constreñidos a vivir una vida que ahoga los más enérgicos deseos de cultura intelectual y estética, de satisfacción de los sentimientos tiernos y del sentimeinto de justicia.

No es esto todo; otra prueba está disponible en contra del error que venimos denunciando. Si consideramos la conducta de un organismo cualquiera durante un cierto lapso, la podemos distinguir en dos clases: la conducta real o sea el conjunto de los actos ejecutados y la conducta potencial o sea la suma de las acciones que no han tenido lugar por falta de ocasión.

Es claro que si el organismo despliega una actividad extraordinariamente variada o extraordinariamente intensa, las fuerzas que constituyen su reserva disminuirán de un modo progresivo, mientras el alimento y el descanso no lleguen a cubrir las pérdidas. Si el alimento y el descanso son insuficientes para satisfacer las exigencias de un órgano en funcionamiento mórbido, este órgano extraerá los materiales que necesita de las energías correspondientes a otros órganos, (*hecho demostrado en biología*). De aquí nace el desequilibrio orgánico y la decadencia vital que conducirá a la muerte, si el dolor no tuviese la propiedad de imponer una conducta razonable y la única salvadora.

El vertiginoso torbellino de la actividad comercial, industrial, jurídica y gubernativa, se alimenta al precio del agotamiento de otras energías, al precio de todos esos desequilibrios comprendidos bajo la denominación genérica de «males sociales».

No cabe duda: en una colonia anárquica ó en toda una nación convertida de súbito al orden anárquico, una gran depresión industrial y circulatoria, sería un fenómeno inherente; circunstancia esta, que para un observador superficial sería indicio infalible de un retroceso cumplido. Pero si se mira más a fondo la rapidez y la complegidad de ciertos movimientos que hoy nos deslumbran, comparada con la lentitud y complicación menor de los cambios materiales en los primeros años de la anarquía, no quiere decir sino que una conducta visible o actual menor que la de nuestros tiempos se hallará unida a una conducta potencial incomparablemente más poderosa que su homóloga en la sociedad burguesa. Ahora bien, la conducta actual puede pecar por exceso, ya hemos visto en qué caso; mientras que la conducta potencial conserva su mérito constantemente proporcionado a su cantidad y calidad.

También la eliminación del sistema regulador y directriz (gobierno) representa una regresión parcial indispensable para una superior diferenciación consumándose en otras funciones de verdadera necesidad. Ningún agregado progresa a la vez en todas sus partes.

La atrofia y desaparición de un órgano social es ciertamente un progreso toda vez que su función ha llegado a ser inútil a consecuencia de las transformaciones de la especie humana bajo las influencias internas y externas. En otros términos, si la evolución social da por resultado la capacidad de cada individuo para no cometer usurpaciones, el órgano (gobierno) encargado de hacer que los individuos no cometan ciertas injusticias, perderá la causa de su existencia progresivamente; y cuando se vuelva del todo inútil, su desaparición inevitable, será siempre benéfica (1).

Julio Molina y Vedia.

Buenos Aires, noviembre 1895.

---

(1) Pienso que si existe una verdad fácil de demostrar de un modo absolutamente satisfactorio, es lo que el carácter de cada individuo es una resultante fatal de su herencia, de su medio superorgánico y de su medio físico. De estos tres factores el primero redúcese en cierto modo a los dos últimos. La herencia no es más que trasmisión de padres a hijos de las aptitudes personales impresas por un cierto ambiente social y físico en una época pasada. En los primeros períodos de la civilización, el medio físico tuvo una influencia de primera importancia en la formación de las inclinaciones de las personas; pero más adelante y en la época actual esa influencia se ha vuelto muy mínima y el medio social ha cobrado un imperio casi completo sobre el carácter de cada hombre. Eliminar la autoridad: tal es la tarea a que consagra sus mejores fuerzas todo hombre que apoyado en la ciencia, busca entrelazados su propia felicidad y la de sus semejantes. Es también la tarea de los anarquistas. Pero la eliminación de la autoridad no es posible si las personas no son capaces de cumplir "la ley de igual libertad", si el poder de simpatía no está difundido y acentuado en los individuos como para que suprima las agresiones hasta un cierto punto. La lógica conduce a ver una necesidad en que la mejora del individuo proceda siempre a la del sistema social, transformación que ha tenido por antecedente un progreso en el carácter y en las ideas de las personas. Empleo la palabra evolución para significar cambios sociales por períodos más o menos largos, cambios que pueden verificarse lentamente o por medios de revoluciones sociales sean pacíficas por vuelcos políticos inesperados o por alzamiento a mano armada. — **(N. del A.).**

Hojeando nuestra prensa

La paz entre Rusia y Estonia. «*La Protesta*». 17 *de febrero de* 1920.

«Una información de la prensa burguesa, atribuye a Lenin las siguientes palabras, pronunciadas ante el Consejo de Moscú con motivo de la firma de la paz entre los soviets y Estonia:

«Hemos abandonado muchas regiones de Estonia, cediendo a ese país algunos territorios, entre cuya población hay tantos rusos como estonianos, porque no estamos dispuestos a verter sangre de obreros y campesinos por una faja de terreno que no hemos perdido definitivamente.

«Estonia atraviesa un período kerenskiano, pero ya comienza a varse la aurora del régimen sovietista, y más tarde conseguiremos condiciones de paz muy diferentes de las actuales.»

Este lenguaje corrobora nuestra opinión de que los bolshevikis son de una sagacidad a toda prueba y que trabajan con gran sensatez e inteligencia. Este concepto sublime de los rusos por la vida humana, no se encuentra en ninguno de los gobiernos de clase de los países de sistema capitalista, acostumbrados a llevar al sacrificio a millones de trabajadores, con tal de satisfacer sus ambiciones exclusivistas, basadas en el más cruel egoísmo. Para la burguesía no tiene ningún interés la vida de los hombres, frente a sus privilegios comprometidos por una potencia cualquiera o una amenaza interna. Para los bolshevikis una sola gota de sangre obrera vale mucho más que una porción de territorio u otros bienes materiales. ¡Cuánto no debe halagar a los corazones esta interpretación tan noble y exacta de la vida!»

Pero para usar de esa sagacidad es menester la imposición de voluntades individuales que muevan la ascensión de los pueblos y los eleven hacia sus altos destinos, los eleven hacia su auto-gobiernos. Toda la labor de nuestros teóricos fué hacia ese fin, lo que no indica que ante una revolución puramente económica se pueda practicar en absoluto el auto-gobierno. La sumisión del pueblo debe temerse cuando no exista la justeza económica, una vez equilibrado el economismo con la implantación del comunismo desaparece en su mayor parte el tipo lacayo, la sumisión, el mercenario. No habiendo mercenarios, o mejor dicho, cuando el mayor número no esté imbuído con la idea de la merced, no habrá, no podrá haber obediencia ciega, ni caudillos ni príncipes. Habrá hombres nombrados por acuerdo mutuo que tendrán a su cargo el desarrollo de las relaciones sociales, hasta que la evolución haga

su obra liberatriz empujando a la humanidad hacia la anarquía, siguiendo así la estela luminosa de la historia.

Esto es nuestro pensamiento.

Los socialistas condenan por honores « mancillados ». « La Tribuna Proletaria » del 5 de febrero de 1920.

« Un señor socialista — que por serlo es capaz de todo — llamado Rouco Oliva, fiel a las cochinas normas sustentadas por el resto de la familia de esa tendencia, recurrió a la denominada justicia argentina, para que le lavaran las manchas que cubren su honor, arrojadas por Santiago Locascio en un artículo aparecido en la valiente hoja hermana « Bandera Roja », amordazada por la brutal reacción de mayo del año pasado.

El juez Martínez, como « fiel » defensor de la moral ñoña que hoy rige, se ha largado con un fallo, que habla elocuentemente de la estulticia que anida la magistratura. Ha condenado al injuriante, a la pena de dos años de prisión, por haber tenido la entereza de tirarle al rostro, impecable, según el damnificado socialista, un puñado de verdades, que no podrán borrar los jueces, ni todo el tribunal burgués salido en defensa del tal Rouco, conocido por sus marranadas.

No confundamos los términos: decir la pura verdad, no es injuriar ni cosa que le parezca. Al que se le dice lo que es, está bien dicho, y el que le sale al camino, merece una corona de flores y no dos años de encierro.

A no ser, que la justicia se haya convertido en encubridora de lo falaz, descargando sus imbéciles iras contra los hombres saturados de la pulcritud que a diario se recomienda...

Está visto: estos socialistas, son más bajos y ruines que la falange de adversarios políticos que tan indignamente ellos atacan.

La verdad, que al maleta y mariquita que obra tan cochinamente, se merecía lo que se merece cualquier bicho dañino.

Usted Locascio, tenga la certeza que los dos años, son la mancha más inmunda que su verdugo lleva en todo el cuerpo.

¿Por qué, hombre mancillado, no pide la clausura de este diario? »

Al día siguiente no aparecía « Tribuna Proletaria » por orden de los burgueses de la Asociación Gráfica. Burgueses y políticos socialistas son la misma cosa. Duro, duro con ellos.



FILOSOFIA POLITICA DEL MOMENTO